

LECCIONES DE QUÍMICA

Bonnie Garmus

LECCIONES DE QUÍMICA

Traducción del inglés de
Victoria Alonso Blanco



Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Título original: *Lessons in Chemistry*

Primera edición: febrero de 2023

© 2022, Bonnie Garmus

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2023, Victoria Alonso Blanco, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,

promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores

y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-18363-43-6

Depósito legal: B-22.350-2022

Impreso en Romanyà-Valls
Capellades, Barcelona

SM6343A

A mi madre, Mary Swallow Garmus

1

Noviembre de 1961

Allá por 1961, cuando las mujeres lucían vestidos camiseros, asistían a clubs de jardinería y transportaban a legiones de niños en automóviles desprovistos de cinturón de seguridad sin pensárselo dos veces, cuando nadie sabía siquiera los movimientos sociales que traería consigo la década de los sesenta, y menos aún que sus integrantes dedicarían los sesenta años siguientes a relatarlos, cuando las grandes guerras ya quedaban atrás y las clandestinas acababan de iniciarse y el mundo empezaba a pensar de otra manera y a creer que todo era posible, la treintañera madre de Madeline Zott se levantaba cada día al rayar el alba con una sola certeza: su vida había terminado.

Pese a todo, cada mañana se abría paso hasta el laboratorio para prepararle la fiamborra a su hija.

«Carburante para el cerebro», escribió en un papelito antes de encajarlo dentro de la fiamborra de la niña. Luego se detuvo un instante, con el lápiz suspendido en el aire, como reflexionando. «Participa en los deportes durante el recreo, pero no dejes que los niños ganen porque sí», anotó en otro papel. «No son imaginaciones tuyas: la mayoría de la gente es horrible.» Colocó las dos últimas notas en lo alto.

En la primera infancia la mayoría de los niños aún no han aprendido a leer, si acaso alguna palabra aislada como

«mamá» o «casa». Madeline, sin embargo, leía desde los tres años, y ahora, cumplidos los cinco, ya había despachado casi toda la obra de Dickens.

Madeline era esa clase de niña; una niña capaz de tararear un concierto de Bach, pero incapaz de atarse los cordones de los zapatos; una niña que podía explicarte la rotación de la tierra y sin embargo tenía dificultades para jugar al tres en raya. Ahí estaba el problema, porque si bien a los niños superdotados para la música siempre se los celebra, a los lectores precoces, no. Y por la sencilla razón de que si destacan es gracias a una habilidad que los demás terminan desarrollando más adelante. Su precocidad no se considera especial, sino molesta sin más.

Madeline era consciente de su diferencia. De ahí que cada mañana, después de que su madre saliera de casa dejándola al cuidado de su vecina, Harriet, y mientras ésta estaba atareada en sus cosas, se preocupaba de sacar aquellas notas de la fiamborra y, tras haberlas leído, las ponía a buen recaudo junto con las demás, que guardaba dentro de una caja de zapatos escondida en el fondo de su armario. Después, en el colegio, fingía ser como los demás niños; es decir, prácticamente analfabeta. Para Madeline lo más importante del mundo era encajar. Había aprendido la irrefutable lección gracias a su madre, que nunca había encajado y así le había ido en la vida.

En Commons, una población del sur de California donde solía hacer calor, pero no en exceso, donde el cielo solía estar despejado pero no en exceso, y el aire era limpio, por la sencilla razón de que en aquellos tiempos el aire siempre era limpio, Madeline, acostada en la cama con los ojos cerrados, esperaba. Sabía que el tierno beso en la frente no tardaría en llegar, que luego la arroparían con mimo y murmurarían *«carpe diem»* a su oído. Un minuto después oiría el motor del coche al arrancar y el crujido de los neumáticos sobre la grava, mientras el Plymouth reculaba por el caminillo de

entrada al garaje, seguido del chirrido de la caja de cambios al meter la primera. Luego su madre, que no salía de su descaimiento, se encaminaría hacia el estudio de televisión, donde se pondría el delantal y saldría a un plató.

El programa se llamaba *Cena a las seis*, y Elizabeth Zott era su estrella indiscutible.

2

Pine

Elizabeth Zott, en otro tiempo investigadora química, era una mujer con una tez impecable y el porte inconfundible de una persona que ni era ni sería nunca mediocre.

Como todas las grandes estrellas de la pantalla, Elizabeth había sido descubierta. En su caso, sin embargo, ese descubrimiento no se produjo porque alguien se fijara en ella en un bar, como suele suceder, o mientras estaba sentada en un banco, ni porque mediara una presentación oportuna. No, el descubrimiento de Elizabeth se debió a un robo; un robo de comida para ser exactos.

Ocurrió de la manera más tonta: a una niña llamada Amanda Pine, cuyo voraz apetito a juicio de algunos psicólogos rozaría lo patológico, le había dado por comerse el contenido de la fiambra que Madeline llevaba al colegio para el almuerzo. Y es que su almuerzo era especial. Mientras los demás niños mescaban sándwiches untados con mantequilla de cacahuete y gelatina, Madeline, al abrir su fiambra, podía encontrarse ante una contundente porción de sobras de lasaña con guarnición de calabacines rehogados en mantequilla, un exótico kiwi cortado en cuartos y cinco tomatitos cherry tipo pera, encajonados entre un salero minúsculo con sal de Morton, dos galletas con pepitas de chocolate todavía calientes y un termo rojo con estampado de cuadros escoceses lleno de leche bien fría.

A ese contenido se debía que todos ansiaran el almuerzo de Madeline, Madeline incluida. Pero la niña se lo cedía a Amanda, no sólo porque la amistad exige de ciertos sacrificios, sino también porque Amanda era la única compañera de todo el colegio que no se burlaba de la niña extraña que Madeline ya era consciente de ser.

Elizabeth no empezó a escamarse hasta que reparó en que a su flacucha hija la ropa le colgaba como unas cortinas mal hechas. Según sus cálculos, la niña ingería la cantidad diaria exacta que requería su desarrollo óptimo; luego, científicamente era imposible que hubiera perdido peso. ¿Tal vez algún estirón propio de la edad? No. Había tenido en cuenta el factor del crecimiento en sus cálculos. ¿Acaso un trastorno alimenticio precoz? En absoluto. En la cena Madeline comía como una lima. ¿Leucemia? Imposible. Elizabeth no era alarmista, no era de esas madres que se pasan la noche en vela imaginando a su hija aquejada de algún padecimiento incurable. Como buena científica, ella siempre procuraba encontrar explicaciones razonables para todo, y tan pronto como conoció a Amanda Pine, con su boquita manchada de roja salsa de tomate, supo que la había encontrado.

—¡Señor Pine! —exclamó Elizabeth un miércoles por la tarde irrumpiendo en el estudio de la televisión local tras pasar de largo por delante de la secretaría—, llevo tres días llamándolo por teléfono y no ha tenido la gentileza de devolverme la llamada ni una sola vez. Me llamo Elizabeth Zott, soy la madre de Madeline Zott. Nuestras hijas son compañeras de clase en Woody Elementary, y vengo a comunicarle que su hija se está aprovechando de su amistad con la mía. —Al ver el desconcierto del señor Pine, añadió—: Le roba la fiamborra.

—¿La... fiamborra? —acertó a decir Walter Pine, y miró de hito en hito a la deslumbrante mujer que tenía ante sí, con aquella blanca bata de laboratorio que irradiaba un aura de luz sagrada, salvo por un detalle: las iniciales «E.Z.», estampadas en rojo justo por encima del bolsillo.

—Su hija, Amanda —arremetió Elizabeth de nuevo—, se está comiendo la comida de mi hija. Según parece, viene sucediendo desde hace meses.

Walter seguía atónito. Elizabeth, alta y angulosa, el pelo del color de una tostada quemada untada de mantequilla, recogido con un lápiz, estaba plantada ante él con los brazos en jarras, los labios de un rojo descarado, la tez luminosa y la nariz recta. Lo contemplaba como un médico en un campo de batalla, evaluando si merecía o no la pena salvarle la vida.

—Y que encima pretenda hacerse pasar por amiga de Madeline —prosiguió— me parece de todo punto censurable.

—¿Quién... quién ha dicho usted que era? —farfulló Walter.

—¡Elizabeth Zott! —exclamó ella de mal talante—. ¡La madre de Madeline Zott!

Walter asintió con la cabeza, sin salir de su desconcierto. Como productor televisivo curtido en la programación de tarde estaba acostumbrado a los melodramas. Pero ¿tanta intensidad? Siguió mirándola de hito en hito. Era una mujer apabullante. Lo tenía literalmente apabullado. ¿Se había presentado allí para un casting o algo por el estilo?

—Lo siento —acertó a decir por fin—, pero ya tenemos asignados todos los papeles de enfermera.

—¿Cómo ha dicho? —saltó Elizabeth.

Se produjo un largo silencio.

—Amanda Pine —repitió Elizabeth.

Walter parpadeó.

—¿Mi hija? ¡Ah! —exclamó él, nervioso de pronto—. ¿Le ha ocurrido algo? ¿Es usted médico? ¿La envían del colegio? —dijo saltando del asiento.

—Qué colegio ni qué colegio —replicó Elizabeth impaciente—. Yo soy química. He tenido que desplazarme desde Hastings porque no se ha molestado en contestar a mis llamadas. —Al ver el semblante desconcertado del señor Pine, aclaró—: ¿Conoce el Instituto de Investigación Hastings? ¿El centro innovador en la innovación científica? —aclaró haciendo mofa de la ridícula coletilla publicitaria—. El caso

es que yo procuro que el almuerzo de Madeline sea nutritivo, y seguro que usted hace lo mismo por su hija... —como Pine seguía con semblante inexpresivo, añadió—: porque le importa el desarrollo físico y cognitivo de Amanda. Porque sabe que ese desarrollo pasa por ofrecerle el aporte óptimo de vitaminas y minerales.

—El problema es que la señora Pine está...

—Sí, ya lo sé. Desaparecida en combate. He intentado ponerme en contacto con ella, pero me han dicho que reside en Nueva York.

—Estamos divorciados.

—Lo siento, pero eso no afecta a su comida.

—Podría parecer que no, pero...

—Preparar una fiambra está al alcance de cualquier hombre, señor Pine. No es una imposibilidad biológica.

—Por supuesto que no —convino Walter, mientras intentaba torpemente ofrecerle una silla—. Siéntese, por favor, señora Zott.

—Tengo el ciclotrón esperando —respondió ella exasperada echando una ojeada al reloj—. ¿Nos hemos entendido o no?

—Ciclo...

—El acelerador de partículas subatómicas.

Elizabeth recorrió con la mirada las paredes de aquel despacho. Estaban forradas de carteles que anunciaban melodramáticos culebrones y efectistas concursos televisivos.

—Mi trabajo... —aclaró Walter, de pronto avergonzado por la vulgaridad de aquellas imágenes—. A lo mejor ha visto alguno de esos programas.

Elizabeth se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

—Señor Pine —dijo con un talante algo más conciliador—, lamento no disponer de tiempo ni de recursos para prepararle el almuerzo a su hija. Tanto usted como yo sabemos que la alimentación es el catalizador que activa nuestro cerebro, que une a las familias y determina nuestro futuro. Sin embargo... —Elizabeth se interrumpió al reparar de repente en el cartel publicitario de un culebrón ilustrado con la

imagen de una enfermera que ofrecía cuidados singulares a un paciente—. ¿Acaso alguien dispone de tiempo para enseñar a todo el país a cocinar como es debido? Ojalá yo pudiera, pero no es así. ¿Usted sí?

Cuando Elizabeth se volvió para salir del despacho, Pine, tratando de evitar su marcha y sin saber a ciencia cierta lo que su mente estaba urdiendo, dijo a toda prisa:

—Espere, por favor, espere un momento... se lo ruego. ¿Cómo... cómo ha dicho? ¿Qué era eso de enseñar a todo el país a cocinar como... como es debido?

Cena a las seis se estrenó cuatro semanas después. Y a pesar de que a Elizabeth en un principio no le entusiasmó la idea —ella era una investigadora química—, aceptó el puesto por las razones consabidas: un aumento de sueldo y una hija que mantener.

Desde el primer día que apareció en el plató luciendo aquel delantal, se puso de manifiesto que Elizabeth poseía ese «duende», esa cualidad inefable que la dotaba de un magnetismo absoluto para la pantalla. No sólo eso, sino que además era una mujer de carácter, tan franca y directa que descolocaba a los televidentes. A diferencia de lo que sucedía en otros programas de cocina, protagonizados por cocineros simpatónicos que empinaban copitas de jerez alegremente, Elizabeth Zott era una presentadora seria. Nunca sonreía. Nunca hacía bromas. Y los platos que preparaba eran tan sencillos y naturales como ella misma.

En menos de seis meses el programa de Elizabeth había saltado a la fama. En menos de un año, había pasado a ser una institución. Y en menos de dos, había demostrado poseer una capacidad asombrosa no sólo para unir a padres e hijos, sino a los ciudadanos con su país. No sería una exageración afirmar que cuando Elizabeth Zott terminaba de cocinar, todo un país se sentaba a comer.

El mismísimo vicepresidente Lyndon Johnson era asiduo al programa. «¿Quiere saber lo que pienso? —le contestó

tó a un reportero pertinaz para quitárselo de encima—. Pienso que debería usted escribir menos y ver más televisión. Empiece con *Cena a la seis*, esa mujer sabe lo que hace.»

Efectivamente. A Elizabeth Zott nunca la verías explicando cómo preparar minúsculos sándwiches de pepino o delicados suflés. Sus recetas eran contundentes: estofados, guisos, cosas que requerían grandes cazuelas de acero. Siempre hacía hincapié en los cuatro grupos básicos de alimentos. Creía en raciones consistentes. Insistía en que sólo merecía la pena cocinar platos cuya elaboración no llevara más de una hora. E invariablemente concluía el programa con su característica coletilla: «Y ahora, niños, a poner la mesa, que vuestra madre necesita un descanso.»

Pero luego un periodista de renombre publicó un reportaje titulado «Por qué estamos dispuestos a comernos todo lo que ella nos sirva», en el que la apodaba «Lujuriosa Lizzie», un mote tan apropiado como eufónico que se le pegó con la misma rapidez que al papel donde iba impreso. A partir de aquel día los desconocidos la llamaron «la Lujuriosa», pero su hija, Madeline, la llamaba «mamá», y aunque no era más que una niña ya intuía que el adjetivo menoscababa el talento de su madre. Su madre era química, no una cocinera de televisión. Y Elizabeth, cohibida ante su única hija, sentía vergüenza.

A veces, acostada en la cama por la noche, se preguntaba qué había hecho para que su vida tomara esa deriva. La incógnita, sin embargo, nunca tardaba en despejarse, porque su respuesta tenía nombre: Calvin Evans.